

**Bibliographical references**

- Cai, M. & Bishop, R. 1994. "Multicultural Literature for Children: Towards a Clarification of the Concept", in A. Haas Dyson & C. Genishi (eds.). *The Need for Story. Cultural Diversity in Classroom*. United States: NCTE. Chapter 5.
- Jobe, R. 1995. "Seeing others as ourselves: Teaching Multicultural Children's Literature", *The Literature Base*, vol. 6/4, 4-9.
- Oittinen, R. (Forthcoming). *Traducir para niños*. (Trans. I. Pascua, G. Marcelo). Las Palmas de Gran Canaria: Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
- Pascua Febles, I. 1998. *La adaptación en la traducción de la literatura infantil*. Las Palmas de Gran Canaria: Universidad de Las Palmas.
- \_\_\_\_\_. 2001. "Problems of Translating Canonized Texts in Children's Literature: The Case of Alice", *Translation and Meaning*, 5, 299-307.
- \_\_\_\_\_. 2003. "Translation and Intercultural Education", *META*, 48/1-2, 276-284.
- \_\_\_\_\_. 2004. "La literatura infantil canadiense. Espejo de multiculturalidad", *CLIJ*, 168, 44-51.
- Pascua, I. & Marcelo, G. 2000. "La traducción de la LIJ", *CLIJ*, 123, 30-36.
- Saltman, J. (n.p.) "A Mosaic, not a Melting Pot". Article presented in the I International Interdisciplinary Conference (University of Reading, April 2001).

**Multicultural stories**

- Eyvindson, P. 1993. *The Missing Sun*. Manitoba: Pemmican Publications.
- Howard, I. B. & Faruk, J. 1999. *Peace. Shalom. Salaam*. New York: CCAR Press.
- Rogers, V. 1993. *A Multicultural Story Book. The Tale of a Silly Goose and Other Multicultural Stories*. UBC: Pacific Educational Press.
- Sadiq, N. 1985. *Camels Can Make You Homesick*. Toronto: James Lorimer & Company Pub.
- Shihab Nye, N. 1997. *Sitti's Secrets*. New York: Aladdin Paperbacks.
- Trottier, M. 1998. *The Walking Stick*. Toronto: Stoddart Kids.

ISLAS Y PARAÍOS PERDIDOS EN LA LITERATURA INFANTIL FRANCESA:  
LA SOLEDAD BUSCADA

M<sup>a</sup> del Carmen Ramón Díaz  
Universidad de Alicante  
[MC.Ramon@ua.es](mailto:MC.Ramon@ua.es)

**Resumen**

Los parajes aislados en la literatura son espacios de libertad para la imaginación y la proyección de los sueños, deseos y temores humanos. Así, el viaje real o imaginario a lugares solitarios y de difícil acceso ha favorecido la creación de microcosmos que han venido a paliar la frustración humana respecto a la vida social y han canalizado el anhelo de libertad y felicidad de los hombres. Asimismo, en estos receptáculos de los secretos más íntimos de la naturaleza ha cristalizado el énfasis en lo enigmático, lo oculto, lo diferente, respondiendo así al ansia de explorar, descubrir y vivir la aventura que el hombre ha tenido desde siempre y que ha proyectado en la literatura. Es nuestra intención poner de manifiesto estas inquietudes humanas tal y como se han reflejado en la literatura infantil francesa, aportando algunos ejemplos de obras literarias y autores significativos en ese sentido.

**Palabras clave:** soledad, pureza, yo, orígenes, naturaleza, literatura infantil francesa

**Abstract**

The isolated places in literature are spaces of liberty for the imagination and the projection of human dreams, desires and fears. Imaginary or real voyages to desolate landscapes have always been a pretext to create little worlds in order to mitigate human frustration in relation to social life; these little worlds have also allowed the possibility of being free and happy.

In islands and other kinds of remote places men can live adventures and explore or discover different and enigmatic things, creatures or ways of life. All these worries are present in French children's literature. Nature and loneliness are many times together in lots of short stories, novels and poetry that show how men have always wanted to know themselves better and how they have always been looking for freedom and childhood.

**Key words:** loneliness, purity, self, origins, nature, French Children's Literature

La reflexión en torno a la soledad ha sido y es especialmente fecunda en el seno de manifestaciones artísticas de diversa índole. El hombre ha sentido la imposición desgarradora o el goce del aislamiento, ha disfrutado o sufrido en soledad, pero, indudablemente, no ha sido indiferente a ese estado, y así se ha puesto de manifiesto, especialmente en el ámbito literario, a lo largo de la historia.

Además del lamento por la soledad impuesta o del dolor de la ausencia, en la literatura se ha dejado sentir en no pocas ocasiones una exaltación de la vida en solitario o bien de la soledad elegida: "¡Qué gran desgracia no poder estar solo!" afirmaba La Bruyère (Baudelaire, 1975:76).

Asimismo, Baudelaire saboreaba la paz y el silencio de la noche solitaria en su poema en prosa *A la una de la madrugada* al afirmar: "¡Por fin solo! [...] Durante algunas horas, seremos propietarios del silencio y tal vez del descanso. ¡Por fin se fue la tiranía del rostro humano!" (Baudelaire, 1975:122-126). Esta soledad buscada a menudo ha venido acompañada de un elogio del medio natural:

Agradables desiertos, donde reside la inocencia,  
donde, lejos de las vanidades, de la magnificencia,  
comienza mi reposo y concluye mi tormento,  
valles, ríos, rocas, placentera soledad,  
si fuisteis testigos de mi inquietud,  
sedlo desde ahora de mi contento<sup>1</sup>.

Rousseau exalta la comunión con la naturaleza en *Las ensoñaciones de un paseante solitario*:

Me dirigía con agrado a sentarme al borde del lago, en algún lugar escondido; allí, el ruido de las olas y la agitación del agua, acaparando mis sentidos y expulsando de mi alma cualquier otra agitación, la sumergían en una ensoñación deliciosa, estado en que la noche me sorprendía a menudo sin que me hubiese dado cuenta. El flujo y reflujo de aquel agua, su ruido continuo pero aumentado a intervalos, golpeando sin descanso mis oídos y mis ojos [...] bastaban para hacerme sentir con placer mi existencia [...] ¿De qué se goza en una situación como ésta? De nada externo a uno mismo, de nada, excepto de sí mismo, y de la propia existencia<sup>2</sup>.

Con mucha frecuencia el binomio naturaleza / soledad aparece, pues, en la literatura, propiciando la creación de una atmósfera especialmente idónea para la reflexión y el diálogo con lo natural como vía de maduración para el espíritu o de enriquecimiento personal.

<sup>1</sup> Poema de Racan, *Stances sur la retraite*, en Lagarde, A. & Michard, L. 1970. *XVIIe siècle. Les grands auteurs français du programme*. Paris: Bordas, p. 33. La traducción ha sido realizada por la autora de este trabajo, así como el resto de las traducciones de las citas, a excepción de las de La Bruyère y Baudelaire.

<sup>2</sup> Fragmento de *Les rêveries d'un promeneur solitaire*, incluido en Lagarde, A. & Michard, L., *op. cit.*, vol. IV, pp. 340-341.

La literatura infantil no ha sido ajena al incesante interés mostrado por el hombre en lo concerniente a su relación con la naturaleza: fuente de peligros y misterios, lugar de aprendizaje y aventuras, escenario para el encuentro amoroso, espacio protector o utópico, lo cierto es que el mundo natural, con sus distintas connotaciones, ha jalonado de bellas páginas toda la historia de la literatura infantil.

### 1. La isla y sus dimensiones simbólicas

El motivo de la isla representa sin duda alguna el binomio naturaleza / soledad al que hemos aludido; no olvidemos que la propia etimología del término "isla" nos remite a la soledad: "in-sula: en soledad"<sup>3</sup>. Por su condición de espacio cerrado y alejado de la realidad social, ha sido objeto de los tratamientos más diversos: soporte para el imaginario religioso, fundamento de mitos cosmogónicos, lugar de proyección de ideales y quimeras, etc.

Se trata de uno de los tópicos de mayor presencia en la literatura infantil universal, al que se han adherido numerosas ideas e interpretaciones: refugio, escenario de recorridos iniciáticos, retiro, paraíso, imagen metonímica del mundo, hábitat de hadas, monstruos y otras criaturas inquietantes...

Diversos autores se han acercado a las funciones simbólicas de la isla. Entre ellos, Mario Tomé (1987:18) entiende la insularidad directamente ligada a varios aspectos: la creación de utopías, la cristalización de los símbolos de la intimidad y el desarrollo de una aventura humana.

Este autor hace un breve recorrido por los espacios insulares utópicos en las distintas culturas y religiones desde la Antigüedad hasta nuestros días, pasando por las utopías más reseñables a lo largo de la historia de la literatura universal. En ellas suelen darse ciertos rasgos que remiten a la idea del edén bíblico: vegetación exuberante, ausencia de penalidades, abundancia de alimentos, presencia constante del agua, inmortalidad...

Esta dimensión da cuenta del sueño de felicidad y de libertad, permanente en el hombre. Como afirma Alain Goulet:

La isla de las maravillas es el lugar donde se despliega otro mundo, que participa del paraíso terrestre y del seno materno, donde reside todo lo posible, y donde el hombre puede realizarse en la paz y en la alegría; es la isla refugio donde se puede soñar con la felicidad terrestre<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> El lexicógrafo del siglo III, Sextus Pompeius Festus, da a *insula* el significado de «casa solitaria», tal como afirma Robert Baudry en «L'île, carrefour du merveilleux», Reig, D. (ed.). 1997. *Île des merveilles. Mirage, miroir, mythe*. Paris: L'Harmattan, p. 295.

<sup>4</sup> En «L'île monstrueuse dans les romans de Robbe-Grillet», incluido en Reig, D. (ed.), *op. cit.*, p. 209.

En muchos casos, el desencanto de la vida en sociedad ha conducido a la necesidad de pensar mundos alternativos que han pasado inexorablemente por el alejamiento, aunque no siempre con el rechazo de toda compañía humana.

En cuanto a la cristalización de los símbolos de la intimidad, se refiere a la isla asociándola a ciertos rasgos (Tomé, 1987:58-76):

- El simbolismo del centro o surgimiento del mundo de un punto central.
- La idea de principio, de vuelta a los orígenes, a estadios primordiales de felicidad y pureza ("regressus ad originem").
- Las implicaciones maternas: nacimiento o pérdida del refugio materno ("regressus ad uterum"), imagen mítica de la mujer (erotismo, origen de la vida...).
- La preservación de lo íntimo, lo escondido, lo profundo (cuevas, alimentos, tesoros...).
- El reposo y la muerte.

Ciertamente, la isla remite a realidades que devuelven al hombre a lo primario, a lo esencial, a la verdad de la persona. La isla se convierte en refugio-espejo donde poder recuperar y reflejar el propio "yo". Pierre Jourde, en su artículo "Cythères mornes", alude a estos aspectos, afirmando:

Imaginar la isla remite a menudo a soñar con los orígenes. El viaje hacia las islas adquiere el sabor de un retorno. Pues la isla está enteramente definida por el mar: surge de él, sus formas son modeladas por las aguas, de manera que la relación entre el mar y la isla es al mismo tiempo de engendramiento y de identidad [...] Conserva [la isla] lo que aísla. Así la isla se mantiene idéntica a ella misma. La sal marina cristaliza el valor de la conservación de las cosas en su pureza original. Así, el soñador de islas piensa en los orígenes: su isla se separa del mundo para mejor afirmar su diferencia<sup>5</sup>.

Más adelante continúa diciendo: "Ciertas islas imaginarias contemporáneas ponen de manifiesto el conflicto entre nuestro deseo persistente de una permanencia estable en el "yo soy" y la imposibilidad de mantenerse ahí"<sup>6</sup>.

Finalmente, la isla es también marco de odiseas y aventuras de personajes solitarios ante la hostilidad de una naturaleza salvaje (Tomé, 1987:79-89): itinerarios iniciáticos de robinsones, supervivencia, acciones de doblegamiento de la naturaleza emprendidas por diversos personajes y otras variantes de esta relación de lo humano con lo natural.

Es obvio que todos estos aspectos se entrelazan, produciéndose una interconexión en multitud de casos compleja de delimitar que enriquece notablemente la interpretación de las obras literarias.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 193.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 195.

## 2. Islas y paraísos perdidos en la literatura infantil francesa

La triple dimensión simbólica de la isla, aplicable, al menos en parte, a otros escenarios como la montaña, el desierto y demás lugares alejados del mundo, encuentra eco en gran parte de los textos que conforman el corpus de la literatura infantil francesa.

Es ya muy significativo que este corpus arranque en Francia con el cuento de Mme. d'Aulnoy *La Isla de la Felicidad*, publicado en 1690. Es justamente un relato en torno a la isla el primer cuento de hadas literario en lengua francesa, según la consideración más extendida. En él se nos narra la existencia de un lugar paradisíaco donde habita la princesa Félicité despreocupada y feliz:

Por fin aquella isla tan deseada se descubrió ante sus ojos; deslumbrado por toda la belleza que allí se encontraba, el príncipe creyó hallarse en un lugar encantado. El aire estaba perfumado [...], la lluvia olía a azahar, el agua de las fuentes se elevaba hasta las nubes, los bosques estaban plagados de árboles exóticos y los parterres llenos de flores extraordinarias; arroyuelos más claros que el cristal fluían de todas partes con un suave murmullo; el concierto de los pájaros superaba con creces al de los músicos más virtuosos, los frutos manaban de forma natural sin ser cultivados y había en toda la isla mesas repletas de alimentos servidos con la mayor delicadeza<sup>7</sup>.

Este bello cuento plantea la tranquilidad de una isla, la ausencia de dolor, envejecimiento o muerte, la magnificencia y la borrachera de placeres ligados a los sentidos: aromas florales, buenos manjares, refinamiento, música delicada para los oídos, belleza en las personas y en el entorno; una vida, en definitiva, centrada en el hedonismo más puro.

Si bien la dimensión utópica aparece claramente reflejada en este cuento, el espacio insular viene a suponer, asimismo, un lugar protector para la mujer, un alejamiento del sufrimiento amoroso y un medio donde la ausencia de hombres garantiza un mundo plácido e idealizado.

La idea de isla-paraíso-refugio es recurrente en esta autora, ya que en otros cuentos habla de la "Isla de los Placeres Tranquilos", la "Isla Feliz" y otros microcosmos identificados a menudo con países de hadas, remotos y aislados.

Al igual que ella, otras escritoras coetáneas imaginan el "País de las Delicias", la "Isla de la Noche" y otros entornos similares con las mismas pretensiones: gozar de la intimidad, soñar con ser libres y protegerse de los demás. En estos casos podemos hablar de alejamiento del mundo convencional, de sueños de espacios idóneos para una vida sin limitaciones.

<sup>7</sup> 1996. *Contes. Le cabinet des fées*, I, vol. III. Arles: Philippe Picquier, p. 274.

El tema de la isla ha sido especialmente fecundo en especial desde la publicación en Francia de la primera traducción de *Robinson Crusoe*, en 1719. A partir de ese momento, las robinsonadas se suceden, siendo la proliferación de este tipo de obras especialmente significativa en la Francia del siglo XIX.

Sin embargo, con anterioridad a esa fecha, Bernardin de Saint-Pierre, en su obra, *Paul y Virginie*, de gran influencia rousseauiana, nos describe el amor entre dos jóvenes en absoluta comunión con la naturaleza:

Viviendo en soledad, lejos de ser salvajes, se habían vuelto más humanos [...]. Paul y Virginie no disponían de relojes ni calendarios, ni de libros de historia o de filosofía. Los periodos de su vida se regían por los de la naturaleza. Conocían las horas del día por la sombra de los árboles; las estaciones por los momentos en que dan sus flores o sus frutos; y los años, por el número de cosechas. Estas dulces imágenes salpicaban de encanto sus conversaciones: "Es hora de cenar, decía Virginie a la familia, la sombra de las plataneras está muy baja" o bien "La noche se acerca, los tamarindos cierran sus hojas" [...]. Su vida parecía ligada a la de los árboles como la vida de los faunos y las dríadas<sup>8</sup>.

En este caso, la isla no sólo es refugio de un sentimiento grande y puro, sino también compañera inseparable en la evolución de las personas y de sus sentimientos. Es modelo la naturaleza para las conductas, espejo y confidente, catalizador de las sensaciones y de la maduración personal. Se imitan sus leyes, sus ritmos, sus momentos para ensalzar el estadio inicial de inocencia del hombre.

En adelante se van sucediendo las obras literarias que despliegan la vertiente utópica o de aventura, centrándose o no en la dimensión robinsoniana más clásica y en el elogio de la condición humana. Naufragios, exploraciones, viajes, innumerables pruebas y peripecias en parajes insulares salpican la literatura infantil francesa de la mano de gran cantidad de autores: Julio Verne, Eugénie Foa, Louis Boussonard, Gustave Aimard, Ernest Fouinet, Danrit, De Volta...

No obstante, avanzando en el tiempo, otras muchas obras también toman partido por el reencuentro con el yo individual, canalizado a través de la búsqueda de una soledad liberadora y terapéutica en paraísos perdidos.

Así, el personaje literario se va desmarcando de la ostentosa demostración de superioridad frente al medio o de superación de sí mismo para volver a plantear la fusión con la naturaleza y el disfrute del verdadero yo.

En *El niño y el río*, de Henri Bosco, el inmenso poder de atracción del río conduce al personaje inexorablemente hasta él y allí le invade la paz y el bienestar del contacto con las aguas. La vuelta a los orígenes de la vida y del hombre, al igual que en la isla, fluyen en esta obra, así como la nostalgia de la infancia perdida:

Había, en nosotros y a nuestro alrededor, una gran paz. Tras la embriaguez de las primeras horas, habíamos armonizado nuestra vida con la vida de aquellas aguas durmientes. Regulábamos todos nuestros movimientos en función del sol y del viento, del hambre y de nuestro descanso. Y nos venía al corazón una maravillosa plenitud. Todo lo que hacíamos

<sup>8</sup> 1984. Paris : Gallimard. « Folio », pp. 154-155. Esta novela data de 1788.

duraba mucho tiempo; y ese tiempo nos parecía demasiado corto. Pues sobre las aguas durmientes todos los movimientos son lentos [...] Se vive sin impaciencia, y se cuenta con largas jornadas. Gustan por su duración y su aparente monotonía. Nada es más vivo, cuando se sabe descubrir la vida, que esos lugares donde el aire y las aguas parecen dormir [...] Allí crecían el mimbre rojo y ese "árbol de plata" semejante al olivo. Amarrábamos la barca a las raíces de un sauce y hasta la noche nos abandonábamos sin preocupación al placer de ver revolotear sobre las aguas mariposas y libélulas<sup>9</sup>.

En este orden de cosas es muy significativa la obra de Michel Tournier: *Viernes o la vida salvaje*. En esta versión del mito de Defoe, el protagonista, desde su posición de hombre hacedor, individualista y civilizador, evoluciona hacia una toma de conciencia de las bondades de una vida natural, primitiva y reconfortante. Rechaza la vuelta a la civilización y escoge la isla como garantía de una existencia placentera y purificadora, que entronca con la reivindicación de la infancia. La soledad impuesta se transforma en soledad elegida en esta emblemática obra de la literatura infantil francesa:

El punto se desdibujaba poco a poco. Por fin desapareció. Fue entonces cuando el sol se elevó en el cielo. Una cigarra cantó. Una gaviota se dejó caer en el agua y remontó el vuelo con un pececillo en el pico. Las flores abrían sus cálices, unas tras otras. Robinson sentía cómo la vida y la felicidad se apoderaban de él y henchían su corazón. Viernes le había enseñado la vida salvaje, luego se había marchado. Pero Robinson no estaba solo. Tenía ahora a aquel pequeño hermano cuyos cabellos —tan rojos como los suyos— comenzaban a resplandecer al sol. Inventarían juntos nuevos juegos, nuevas aventuras, nuevas victorias. Una vida totalmente nueva iba a iniciarse, tan bella como la isla que se despertaba en la bruma a sus pies.

—¿Cómo te llamas?, preguntó Robinson al grumete.

—Me llamo Jean Neljapaev. Nací en Estonia, añadió como excusándose por ese nombre tan difícil.

—De ahora en adelante, le dijo Robinson, te llamarás Domingo. Es el día de las fiestas, de las risas y de los juegos. Y para mí serás para siempre el muchacho del domingo<sup>10</sup>.

La psicologización que se instaura en la narrativa infantil francesa contemporánea acrecienta el interés por el viaje del héroe hacia la dialéctica con su mundo interior. Así, la presencia de islas y lugares perdidos, los escenarios a medio camino entre realidad y fantasía, adquieren protagonismo en la creación literaria para niños y jóvenes.

Una buena parte de relatos de tintes filosóficos insisten en la elección de parajes solitarios para el reencuentro del ser humano consigo mismo<sup>11</sup>. Desiertos, montañas, ríos, bosques o playas vírgenes se convierten en marco para la reflexión; se escucha la suntuosidad del silencio, la resonancia del propio ser; se recupera lo íntimo, lo puro y verdadero.

<sup>9</sup> 1997. Paris: Gallimard. « Folio Junior », pp. 79-82.

<sup>10</sup> 1998. Paris: Gallimard. « Folio Junior », pp. 151-152.

<sup>11</sup> Es el caso, por ejemplo, de *El principito*, de A. de Saint-Exupéry.

Jean-Marie Gustave Le Clézio presenta en su narrativa los temas mencionados en unos personajes que se desligan de la vida social para errar y refugiarse en los elementos. Así, Daniel se funde con el mar, dejando atrás su existencia ordenada:

Sintió también la soledad, el silencio de las rocas desnudas erosionadas por el agua del mar, la inquietud que emanaba de todas las fisuras, de todos los pozos secretos, y se puso a caminar más deprisa, después a correr. Su corazón latía con fuerza en su pecho, como el primer día que llegó ante el mar. Daniel corría sin recuperar el aliento, brincando sobre los charcos y los valles de algas, seguía las aristas rocosas separando los brazos para guardar el equilibrio [...] La luz estaba por todas partes, tan próxima que sentía en su rostro el paso de los rayos del sol endurecidos, o bien muy lejos, como el destello frío de los planetas. A causa de ella Daniel corría en zigzag a través de la planicie de las rocas. La luz le había hecho libre y le había vuelto loco, y saltaba como ella, sin ver. No era dulce y tranquila, como la de las playas y las dunas. Era un torbellino delirante que brotaba sin cesar, resurgiendo entre los dos espejos del cielo y de las rocas<sup>12</sup>.

Jacques Prévert, por su parte, insiste en la idea de felicidad ligada al alejamiento del mundo civilizado en *Cartas de las Islas Baladar*. Una vida feliz en una isla olvidada se ve alterada por el afán colonizador del hombre, que contamina y destruye. La oposición de los nativos devolverá la tranquilidad a sus habitantes, que serán de nuevo libres en el aislamiento, en la soledad preservadora de sus tradiciones, de su forma utópica de vida:

Era la isla más próxima a la tierra pero las gentes del Gran Continente no le prestaban ninguna atención y la llamaban la "Isla sin la menor importancia" [...] Los indígenas vivían allí muy felices y los niños cantaban de la mañana a la noche [...] Y en esta pequeña isla había pájaros y animales bellos y peces alrededor. Entre los habitantes había muchos pescadores y los que no eran pescadores eran agricultores a causa de los cocoteros, a causa del trigo negro, de las almendras verdes y de las fresas de los bosques [...] Los nativos hacían ellos mismos su comida, su justicia, su música, su poesía y su pan [...] Todo era calma y alegría y la felicidad se paseaba por la isla como un niño del lugar [...] La isla había ganado: volvió a ser una pequeña isla, ignorada, despreciada, abandonada, una pequeña isla sin la menor importancia [...] Y todos eran felices en la isla, unos la llamaban la Nueva Isla Feliz y otros simplemente la llamaban la Isla como Antes<sup>13</sup>.

En todas estas obras y en otras muchas planea la concepción de la naturaleza como refugio para el hombre. La evasión a este tipo de escenarios es a menudo la búsqueda de un lugar seguro donde proyectar sin temor la propia individualidad y hallar paz para el alma.

Nadine Brun-Cosme, en su novela *Lisa, la intrusa*, crea a Ludovic, un muchacho que posee una relación de amistad estrecha con el mar, hasta el punto de

<sup>12</sup> 1998. *Celui qui n'avait jamais vu la mer*. Paris: Gallimard. «Folio Junior», pp. 28-30.

<sup>13</sup> 1999. Paris: Gallimard. «Folio Cadet», pp. 9-14, 91-94.

enemistarse con las personas que no comparten su admiración por él. El mar es su referente continuo, su compañero:

Se deja caer sobre la roca. ¡Ha llegado! Es su rincón, su pequeño rincón, sólo suyo, nadie se lo arrebatara [...] Siente las lágrimas deslizarse sobre sus mejillas, inundar su rostro. Las deja así, sin moverse. Suspendidas por un instante en el borde de sus ojos, resbalan dejando largas estelas sobre su piel como las olas en el acantilado. Luego se estrellan sobre la roca con el agua de la lluvia [...] Siente que nada fluye ya de sus ojos. Sólo la lluvia cae sobre la roca, sobre el acantilado y sobre el mar. Levanta la vista hacia el océano. Las olas se estrellan rugiendo. A lo lejos un navío avanza<sup>14</sup>.

Anne Beckler, por su parte, en *El tesoro de la isla* nos habla de la creación de una isla-escondite imaginaria en medio de un bosque, por parte de un niño, que allí se entrega al juego y a sus sueños:

Cuando llegaron, Antón quiso explicarle todo a François. Hasta aquel día, no había revelado a nadie los misterios de su isla, excepto a su abuelo, y no todos. Arrastró a François de árbol en árbol, indicándole los pasajes peligrosos, los escollos y arrecifes. A cada vuelo de un mirlo o de un arrendajo, le alertaba, se quedaban inmóviles los dos: en la isla, esos pájaros, tranquilos en cualquier otro sitio, se volvían feroces, crueles, y había que desconfiar de ellos. Impresionado, François había comprendido que estaban en otro mundo, el mundo secreto de Antón<sup>15</sup>.

En ese sentido, también la función balsámica y terapéutica de la isla y otros parajes se ve reflejada en numerosos textos, donde el personaje desea huir del dolor o encontrarse con la muerte de manera menos traumática.

Así sucede en *Crin Blanca*, de René Guillot, verdadero canto a la amistad, a la naturaleza en todo su esplendor y a la vida en simbiosis con ella. La isla retoma su simbolismo de paraíso, reposo y sede de la felicidad después de la muerte:

Folco se sintió invadido por un entumecimiento muy dulce, como cuando nos adormecemos... El agua se deslizaba por su rostro. Había cerrado los ojos. Iba, ligero, como en un sueño, con su amigo Crin-Blanca, que no le abandonaría nunca más. Nadaron durante mucho, mucho tiempo... Las aguas cantarinas del Ródano los mecían suavemente. Las bellas aguas los conducían por el gran río hacia una isla maravillosa donde los niños y los caballos son siempre amigos<sup>16</sup>.

Otros muchos autores han conectado el motivo de la isla con la muerte. *Thomas y el infinito*, de Michel Déon, nos narra con ternura y ausencia de dramatismo cómo un niño gravemente enfermo idea una isla imaginaria para evadirse, aliviar su dolor y afrontar la muerte con naturalidad:

<sup>14</sup> 1990. Paris: Milan. «Zanzibar», pp. 78-79.

<sup>15</sup> 1993. Paris: Milan. «Zanzibar», p. 57.

<sup>16</sup> 2001. Paris: Le Livre de poche jeunesse, p. 120.

Un avión lo llevaba en unos segundos a una isla risueña del Pacífico, rodeada de corales, plantada de baobabs, de secoyas y de cerezos. En el centro de un claro, un fresco manantial daba nacimiento a una cascada que saltaba de roca en roca y se perdía en una laguna [...] Thomas se descalzaba para bañar sus pies. Las aves del paraíso se posaban en su hombro y, ocultos en el follaje, dos loros se contaban una interminable historia donde aparecían a menudo los nombres de Robinson Crusoe y de Viernes [...] Desde el descubrimiento de su isla, Thomas era perfectamente feliz [...] Vivía durante el día en la casa de sus padres y al llegar la noche se evadía a las Antípodas donde el sol brillaba de nuevo<sup>17</sup>.

Podríamos continuar aportando muchas más muestras que ponen de manifiesto cómo el hombre ha proyectado en la literatura, y también en la infantil, su constante anhelo de retiro en la soledad de los parajes naturales. Allí, con uno u otro fin, ha redescubierto su propia intimidad, refugiándose en realidades que contrarrestan la pérdida de esa intimidad en la vida social.

### 3. Conclusiones

En la literatura infantil francesa se viene reflejando permanentemente la necesidad humana de reencuentro constante con los elementos, unida al deseo de soledad, de refugio en el interior de uno mismo. La búsqueda de esta soledad en islas y paraísos perdidos ha respondido a menudo a diversas motivaciones, algunas de las cuales indicamos a continuación:

- Huida del mundo y rechazo del “yo” social; anhelo de libertad (soledad liberadora).
- Búsqueda de un viaje interior, redescubrimiento del yo puro y primigenio, necesidad de volver a sentirse, redescubrir la propia esencia, el “yo” individual (soledad purificadora).
- Recuperación del derecho a soñar e imaginar (soledad creadora).
- Búsqueda de la pureza y la inocencia (soledad purificadora).
- Alivio del sufrimiento, de las penas del alma, del miedo a la muerte (soledad terapéutica).

La simbiosis con el medio natural nos devuelve, pues, a la pureza del hombre, a su ser real y nos remite, en definitiva, a la nostalgia de la infancia como estadio inicial de la vida, con su aventura, sus mundos posibles, su magia y su verdad.

En ese sentido, podríamos decir que el hombre desea y necesita recuperar, aunque sólo sea por momentos, en su soledad, el niño que fue, el niño que puede continuar siendo en la literatura.

<sup>17</sup> 2002. Paris: Gallimard, pp. 21-34.

El hombre necesita retomar aquellos sueños, volver a encender la lámpara, parafraseando a Pablo García Baena<sup>18</sup>. Mantengamos la lámpara encendida; hagamos salir al niño que habita en nuestro interior; probemos a redescubrirnos. La naturaleza nos ayudará, la literatura nos ayudará.

### Referencias bibliográficas

- Bachelard, G. 1948. *La terre et les rêveries du repos*. Paris: J. Corti.
- Baudelaire, Ch. 1975. *Petits poèmes en prose. Le spleen de Paris / Pequeños poemas en prosa*. Barcelona: Bosch. Ed. bilingüe.
- Beckler, A. 1993. *Le trésor de l'île*. Paris: Milan. “Zanzibar”.
- Bosco, H. 1997. *L'enfant et la rivière*. Paris: Gallimard. «Folio Junior».
- Brun-Cosme, N. 1990. *Lisa, l'intruse*. Paris: Milan. “Zanzibar”.
- D'Aulnoy, Mme. 1996. *Contes. Le cabinet des fées, I/III*. Arles: Philippe Picquier.
- Delumeau, J. 1992. *Une histoire du paradis*. Paris: Fayard.
- Déon, M. 2002. *Thomas et l'infini*. Paris: Gallimard.
- De Saint-Pierre, B. 1984. *Paul et Virginie*. Paris: Gallimard. «Folio».
- García Baena, P. 1982. *Poesía completa (1940-1980)*. Madrid: Visor.
- Guillot, R. 2001. *Crin-Blanc*. Paris: Le Livre de Poche Jeunesse.
- Lagarde, A. & Michard, L. 1970. *XVIIe siècle. Les grands auteurs français du programme*. Vols. III, IV. Paris: Bordas.
- Le Clézio, J.M.G. 1998. *Celui qui n'avait jamais vu la mer*. Paris: Gallimard. «Folio Junior».
- Manguel, A. & Guadalupi, G. 1992. *Guía de lugares imaginarios*. Madrid: Alianza.
- Prévert, J. 1999. *Lettres des îles Baladar*. Paris: Gallimard. “Folio Cadet”.
- Reig, D. (ed.). 1997. *Île des merveilles. Mirage, miroir, mythe*. Paris: L'Harmattan.
- Tomé, M. 1987. *La isla: utopía, inconsciente y aventura. Hermenéutica simbólica de un tema literario*. León: Universidad de León.
- Tournier, M. 1998. *Vendredi ou la vie sauvage*. Paris: Gallimard. «Folio Junior».

<sup>18</sup> En su poema *Bajo la dulce lámpara*, incluida en *Antiguo Muchacho* afirma:

“Bajo la dulce lámpara,  
el dedo sobre el atlas entretenía al muchacho  
en ilusorios viajes.  
[...] Muchacho infatigable, bajo la dulce lámpara,  
tal vez buscaba una secreta dicha  
apenas confesada en su interior.  
Cuando los días pasaron, él ya supo  
que su destino era esperar en la puerta  
mientras otros pasaban.  
Esperar con un brillo de sonrisa en los labios  
y la apagada lámpara en la mano.”